

LA BOINA DE JOSEP PLA

Eduardo Obeso

Los escritores deben tener mucho cuidado con lo que se ponen. En cierta ocasión, el circunspecto y atildadísimo Henry James visitó, en compañía de su colega ruso Ivan Turguénev, al autor de *Madame Bovary*. Flaubert, que era, como es sabido, un laborioso asceta de la Literatura, les recibió en bata. No sabemos la cara que puso el exquisito Henry James, pero no cabe duda de que debió hacer un esfuerzo descomunal para disimular su indignación. Decididamente, ésa no era forma de recibir a unos visitantes tan ilustres. Lo cierto es que a partir de esa malograda visita Henry James desdeñó altivamente la obra del escritor francés, porque consideraba, con esa intransigencia tan propia de un *gentleman*, que quien recibía en bata debía hacerlo todo necesariamente en bata. En consecuencia, *La educación sentimental* o *Salambó* carecían de dignidad literaria porque habían sido escritas en bata.

A Pla, a Josep Pla, es difícil imaginárselo sin boina. Muchas fotografías, sobre todo de su madurez, lo retratan, en efecto, con esa mirada de sabio chino bajo la inevitable boina, pero lo extraño, lo sorprendente es que incluso cuando no la lleva puesta, la boina *está ahí*. Y es que en el caso de Pla (como ocurre también con Baroja) la boina no es sólo un trivial adminículo con el que cubrirse la cabeza. Se trata, más bien, de una declaración de principios. O de una metafísica, si se quiere. Como la bata de Flaubert. Estremece pensar qué hubiera pensado el circunspecto y atildadísimo Henry James si Flaubert lo hubiera recibido con una boina.

Uno tiene la sensación de que a Pla no se le ha leído como debiera por culpa de la boina. Si hubiera llevado un sombrero de verdad, un *borsalino* de fieltro con ala ancha, por ejemplo, o uno de estilo *Panamá*, blanco y flexible, es seguro que a Pla se le hubiera leído mucho más. Incluso si no hubiera llevado nada (sobre la cabeza, se entiende) estoy convencido de que su obra hubiera tenido un reconocimiento más amplio. Pero una boina... ¿Quién puede ganar el Nobel escribiendo con boina?

Porque de lo que no cabe la más mínima duda es que Pla escribía con boina, la llevara puesta o no. No sé, tal vez si se la hubiera colocado ligeramente ladeada, cubriéndole enteramente una oreja y dejando al descubierto la otra, como algunos pintores con veleidades rústicas ... Pero no, Pla llevaba la boina encasquetada hasta las cejas como un payés como dios

manda. Pla sin boina es tan impensable como un ministro sin cartera o una cebra sin rayas.

En esto de la boina algunos han querido ver una prueba inequívoca de la modestia del escritor ampurdanés. Lo que no está muy claro es si esta modestia la atribuyen a su carácter o la consideran, más bien, una cualidad de su prosa, una prosa, por tanto, de escasa relevancia, sin pretensiones, de segundo rango, por así decirlo. Yo no creo que la boina de Pla sea ni mucho menos ese emblema de la modestia que algunos, con ánimo derogatorio, han pretendido. No parece, desde luego, que Pla fuera lo que se dice modesto, ni tampoco su prosa, aunque ambos lo parezcan. Por el contrario, en la boina de Pla se materializa, creo yo, la retranca, la socarronería que recorre tantas de sus muchas páginas. Tengo para mí que Pla fue un dandi (lo cual puede parecer un despropósito), pero un dandi *al revés* (lo cual quizás no lo sea tanto). El dandi, como es sabido, es una criatura que se acicala exageradamente, abrillanta obsesivamente el charol de sus zapatos y se pone una flor en el ojal o, si se terciara, un ramillete. Esto no tiene nada de raro, y si bien se mira, resulta de un convencionalismo insultante. Lo perverso, como en el caso de Pla, consiste en leer a Montaigne, a Proust, a Leopardi y a tantos otros, y luego ponerse una boina y unas alpargatas. Disfrazarse de payés. Esto sí que es el colmo del dandismo. Pero en Pla, a diferencia del dandi, no hay afectación ni barroquismo sino una pasmosa naturalidad.

Entre las animadversiones que cultivó Pla, que fueron muchas, quizás la más sobresaliente fue su antipatía a las alturas. Que la boina dificulta considerablemente cualquier tentativa de despegue parece un hecho científicamente demostrado. La presión que ejerce sobre la pared superior del cráneo sólo permite planear a alturas mínimas, a un puñado de metros, tres o cuatro, cinco todo lo más, lo cual tiene ventajas indudables para un escritor. Cuando un escritor con boina se desprende de ella, la ausencia de lastre le permite, por la misma ley que rige el movimiento de los globos aerostáticos, una progresiva ascensión. Una vez arriba, el espectáculo que puede contemplarse es ciertamente grandioso, olímpico, pero las personas y los objetos adquieren, en cambio, una insignificancia microscópica, se desdibujan, y no hay cosa que ponga más nervioso a un escritor con boina que esta imprecisión aérea. A cierta altura resulta imposible, por más que uno fuerce la vista, observar la *"espuma alada, blan-*

ca, de las espigas ondulantes"; sólo se acierta a ver una mancha indeterminada, que no es ni alada ni blanca ni mucho menos ondulante. El matiz, o lo que es lo mismo, el adjetivo, sólo puede practicarse con solvencia a ras de tierra, que es donde el ojo humano está capacitado para capturar las cosas claras y distintas, sin la bruma de las alturas. De esta forma, la boina, que mantiene a su usuario anclado a la superficie terrestre como un poste o le permite, a lo sumo, una levitación escasa, casi inapreciable, favorece notablemente la oportunidad del adjetivo. Pla, que detestó toda su vida las alturas, dio mucha importancia a esto del adjetivo y lo utilizó con un indudable virtuosismo, pero sin ese amaneramiento que suele traicionar al virtuoso. Estoy convencido de que sin la ayuda de su boina Pla jamás hubiera alcanzado esa maestría en el arte de la adjetivación, que no es otro que el arte del matiz. Un par de metros más de altura y su prosa habría perdido gran parte de su consistencia. Tres metros más, y se hubiera malogrado definitivamente.

Colocar bien un adjetivo, encajarlo con la precisión de un cirujano dentro de una frase, no es ninguna tontería. Se trata de un asunto de una complejidad extrema. Cuando un escritor se aventura a utilizar un adjetivo imprevisible, el noventa y nueve por ciento de las veces la frase chirría penosamente. Esto, claro, le pasa a cualquiera. Ahora bien, acertar con ese adjetivo audaz, sorprendente, con ese adjetivo capaz de rescatar de la banalidad al sustantivo más anodino y hacerlo brillar con el oro de lo inédito, eso es algo que sólo pueden lograrlo unos pocos. Pla es uno de ellos. A veces, sin embargo, da la impresión de que al escritor ampurdanés se le va la mano con los adjetivos. Pero se trata de una impresión errónea. En sus *Cartas de Italia* (Destino, pág. 110) pueden encontrarse, si he sumado bien, hasta ¡diecisiete adjetivos! en el breve espacio de seis líneas. Esto, si no se hace con mucho cuidado y oficio, puede hundirle la reputación literaria a cualquiera. Con la cuarta parte de esos adjetivos, torpemente adosados, a la mayoría de los escritores se les habría venido abajo no sólo la página, sino el libro entero. Pero no a Pla. A Pla, incluso cuando emplea los adjetivos con esa incontinencia o entusiasmo, los libros se le mantienen en pie estupendamente, y nadie en su sano juicio podría afirmar que sobra uno solo de esos diecisiete adjetivos.

Esta rara habilidad para el adjetivo confiere a la prosa de Pla una extraordinaria plasticidad. Ya sé que decir esto de la

prosa de un escritor no es decir gran cosa. También podríamos decir, y con razón, que la escritura de Pla es sensual, de una sensualidad discreta y acogedora, pero me temo que con esto tampoco adelantamos mucho. Estas definiciones, que adolecen siempre de una incurable vaguedad, suelen encorsetar perniciosamente a los autores y tienen la virtud adicional de ahuyentar a los lectores. Pero como algo hay que decir, diremos que la escritura de Pla es, en efecto, plástica y sensual, aunque también es muchas otras cosas.

Pensemos ahora, por un momento, en los colores. Generalmente, cuando un escritor se anima a describir un color, lo despacha con un par de lugares comunes y se lo quita de encima como puede. La capacidad cromática de los escritores es limitadísima, lo que me hace sospechar que el daltonismo es una enfermedad profesional. En las páginas de Pla, en cambio, abundan no sólo los colores conocidos, esos que están al alcance de cualquier pupila, sino, principalmente, los colores que nadie ha visto todavía. ¿Ha visto alguien acaso los "azules tiernos, lavados, infantiles" que barnizan los cielos en los atardeceres de mayo? ¿O el color "de llama viva, fugaz", de las ardillas? ¿Y quién ha tenido el privilegio de observar "los verdes de cristal, los óxidos verdosos y los lilas podridos" de las setas? Por no hablar de los marfiles de "paja asoleada" de la plaza de Siena, del "vino aguado" de un vestido o de ese amarillo "cándido" que ni siquiera el ojo prodigioso de Velázquez llegó a percibir. A esto me refería cuando he mencionado la plasticidad de la escritura de Pla.

Pero Pla no sólo tiene bien adiestrada la pupila. También el olfato. Y el paladar, sobre todo el paladar. Pla, en cuanto nos descuidamos, se nos pone a hablar de comida, y en esto se ve que tiene a la comida, como al adjetivo, por cosa principal. Leyéndole, uno llega a creer que hay muy pocas cosas en la vida más interesantes que unas sardinas a la brasa, una pasta al *pomodoro*, una *escudella í carn d'olla* o unas ostras de Marennes, y puede que tenga razón. A los escritores siempre les ha avergonzado un poco hablar de comida en sus libros, como si se tratara de algo feo o sin ningún interés literario, y cuando han hablado lo han hecho de la misma forma expeditiva y pobre que al describir los colores. Uno tiene la impresión, exagerada sin duda, de que los escritores han comido siempre con desgana y por obligación, abrumados tal vez por la tarea de legar una obra imponente a la posteridad. Puede ser. Pero a Pla la posteridad le importaba, con perdón, una

higa, porque nadie que esté preocupado de veras por la posteridad se encasqueta una boina hasta las cejas y se pone luego a escribir sobre los caracoles al horno con vinagreta.

Pla le saca buenos rendimientos literarios a la comida, aunque en realidad le saca buen rendimiento literario a casi todo, desde un paraguas hasta al calendario gregoriano. Que Pla disfruta, y mucho, con la comida se nota sobre todo en los adjetivos, casi siempre amables y agradecidos, con que describe lo que come. Y lo que bebe, porque una buena comida sin una bebida adecuada resulta siempre algo huérfana o coja. Es un hecho incontestable que las descripciones gastronómicas de Pla le abren a uno el apetito, a menos que se tenga vocación de anoréxico. Para comprobar esto sólo basta con leerle. Que un escritor ponga en funcionamiento estos mecanismos de salivación en el lector es algo desde luego infrecuente. Este proselitismo culinario no está exento, sin embargo, de algunas simpáticas arbitrariedades, lo cual, por otra parte, es inevitable en todo proselitismo. Así, por ejemplo, Pla prefiere con mucho la comida hervida a la frita, y lamenta enormemente que los payeses hayan inundado las cocinas de sus masías con sartenes para freír y refreír. Esta insensata proliferación de sartenes la considera Pla una catástrofe. A las cigalas, a las gambas, a los cangrejos de mar y a los percebes les reprocha que dejen tantos residuos, lo que estropea el placer marítimo de su sabor. Y en cuanto a los riñones al jerez, Pla es tajante. Desaconseja contundentemente su ingestión.

Pla, ya lo he dicho antes, detesta la verticalidad, y esta es la razón por la que nunca se quita la boina. Es, en cambio, un entusiasta de la horizontalidad, que practica en todas sus modalidades: la corta, la mediana y la de largo alcance. Pla fue sin duda el catalán que más viajó en la primera mitad de este siglo, lo que no sé yo si tiene algún mérito, porque no parece que los catalanes hayan sido nunca lo que se dice muy viajeros. Lo que sí es cierto, desde luego, es que Pla conoció muchos más países y ciudades que otros contemporáneos suyos que se las daban de cosmopolitas impenitentes sólo porque no usaban boina y acarreaban aparatosamente media docena de baúles y de cofres Vuitton de balneario en balneario. De todos estos vagabundeos dejó constancia en unas crónicas sabias, maliciosas unas veces y admirativas otras, siempre un poco líricas, que publicó puntualmente en periódicos y revistas. Porque Pla, como es sabido, escribió toda su vida en revistas y periódicos cuyos directores tenían



la manía de mandarle de acá para allá. Sin embargo, uno, que le ha leído siempre en libro, tiene la sensación de que a Pla el periódico, con sus urgencias, su vertiginosidad y su olor a tinta fresca, se le queda, por así decirlo, minúsculo, como un traje infantil en un cuerpo de adulto. Y digo esto no porque la escritura de Pla sea pretenciosa y sólo embutida en las hechuras de un libro adquiera su verdadera estatura, sino porque para apreciarla como es debido le conviene más, creo yo, el reposo de un libro que la premura de un periódico.

Ahora bien, donde se ve que Pla disfruta más es, sin duda, en las distancias cortas y en las medianas. Sobre todo en las cortas. Es en estas distancias, precisamente, donde más provecho se le saca a una boina. En los viajes largos, la lejanía y la acumulación de kilómetros tienden fatalmente a elevarle a uno de la piel del mundo por mucha boina que lleve encima. Sólo en los trayectos breves, casi ridículamente breves, éstos que se hacen a pie o a lo sumo en autobús, alcanza la boina su apoteosis, por decirlo con cierto bombo. A ras de tierra la mirada se agudiza, se afila, adquiere una precisión insólita.

En cuanto se dilata un poco la visión ya no es posible percibir el terciopelo finísimo de unas habas o la trémula caligrafía de unas hojas de zanahoria. Para poder ver lo insignificante, lo infinitamente pequeño, hay que tener la boina bien puesta.

Pla conoce como nadie el país, y cuando digo país me estoy refiriendo, claro está, al Ampurdán, y más concretamente al Bajo Ampurdán. Pla escribe incansablemente sobre el Ampurdán porque sabe que una pequeña orografía es tan inagotable como un continente. O como el universo. Se le ha afeado muchas veces a Pla que escribiera tanto sobre unos pocos miles de hectáreas. Esto es cierto, pero se olvida que también escribió, y mucho, sobre Italia, Francia, Inglaterra, Noruega y qué se yo. Pero cuando el director de un periódico o de una revista le envía a uno de esos países, Pla, que es persona disciplinada y de orden, hace la maleta un poco a regañadientes y nunca se olvida de meter en ella el Ampurdán. Pla, vaya donde vaya, siempre se lleva el Ampurdán a cuestas. El Pla viajero, el Pla corresponsal tiene siempre un ojo allí y otro aquí, lo que no le impide ser un observador sagaz, minucioso y un tanto chusco. Y cuando en ese exilio profesional descubre de repente un risco, la turgencia suave de una colina, una porción de litoral, un almendro en flor o unos buñuelos como los que hay en su comarca, se pone muy, muy contento.

De la misma forma que Pla pervierte y ensancha la figura del dandi poniéndose una boina, unas alpargatas y abrochándose los botones de la camisa hasta la nuez, reinventa, por un procedimiento análogo, la figura del *flâneur*, del paseante. El *flâneur*, que es un producto típico de la modernidad, tiene su ámbito natural en la ciudad. La ciudad segrega *flâneurs* igual que un naranjo produce naranjas. El *flâneur*, el paseante, deambula ociosamente entre la multitud, curiosear los escaparates, acecha tras los cristales de los cafés, espía el tráfico callejero y se extasía ante la visión fugaz de una transeúnte que deja en el aire corrompido una estela de perfume, preferentemente francés, y a la que nunca más volverá a ver, engullida por el torbellino de la ciudad.

Pla fue un competente *flâneur* urbano, pero fue ante todo un agudísimo *flâneur* rural. Pla fatiga los caminos vecinales, y lo hace con los siete sentidos bien abiertos, porque en su caso el sentido común vale por dos. Va de aquí para allá como si tuviera todo el tiempo del mundo. Habla con un payés, saluda a otro. Se detiene junto a una acequia y observa los dorados racimos que engordan una vid. Entra en el casino un tanto destartado del pueblo y charla con los parroquianos. Lee el periódico. Se cruza con un carro. Escucha, tras un matorral, el concierto histérico de un grillo. Alza los ojos y

observa las nubes cambiantes y el sol que ya declina. De regreso a su masía, se sienta frente a una mesa vetusta, se rasca la nuca y escribe lo que ha visto. Y lo escribe sin artificios ni abultamiento, con sencillez, como si nos contara a la hora de la cena lo que ha hecho durante la jornada. Eso sí, bien aliñado con adjetivos.

En las páginas de Pla hay mucho guisante, mucha col, mucho rábano, mucha haba, mucha coliflor, mucho nabo. A veces, las páginas de Pla parecen un mercado muy nutrido y colorista, con un tendero afable y socarrón que conoce perfectamente las texturas, los sabores, los ciclos de cada uno de esos prodigios. Es absurdo reprochar a Pla este despliegue vegetal. Tan absurdo como reprochar a Proust que sus páginas estén llenas de marquesas o a Dostoievski que las suyas lo estén de lunáticos. También hay mucha meteorología en las páginas de Pla. A Pla los vientos se le cuelan a menudo entre las líneas, como a otros las autopistas. Se le cuele el garbí y el levante, el gregal y la tramontana, y aquí descubrimos una faceta más doméstica y funcional de la boina, que no sólo sirve para adjetivar con precisión, sino también para protegerse de tanta inclemencia meteorológica.

Hay libros, muchos libros, que son como una silla de palo. Uno se sienta muy tieso y con las rodillas muy juntas, pero al cabo de un rato se tiene que levantar porque no hay quien aguante el dolor de culo. Son libros que a lo sumo nos toleran, pero que no nos invitan a quedarnos. No hay hospitalidad en sus páginas. Se ha dicho que los libros de Pla son confortables. Yo creo honestamente que no se puede decir nada más justo de ellos. Son libros, los de Pla, sin aspavientos ni oropes, que hablan de todo un poco porque de lo que en realidad hablan es de la vida. Esta es la razón por la que ningún género les cuadra. Los géneros están bien cuando uno aspira a la Academia, pero en cambio resultan estrechos para hablar de la vida, que no es una novela ni un drama ni una poesía ni un ensayo, sino que es un poco todas estas cosas. Pla quería que sus libros fueran "*plácidos, sencillos, pacíficos, modestos*". Lo son. Pero son sobre todo confortables, como esas habitaciones discretamente burguesas con un sillón orejero junto al fuego benefactor del hogar en una noche de invierno. A uno, si pudiera, le gustaría instalarse en uno de esos libros y vagabundear entre sus líneas, yendo de acá para allá sin prisas. Sin tiempo. Porque, como decía Pla, "*la cuestión es balancear la vida, ondularla un poco*". De eso se trata. ✍